

---

## CAPITULO XVI.

### LA INTERNACIONAL.

Coincidían entonces con los congresos religiosos en que tomaba aspecto tan amenazador la utopía de lo pasado, los congresos socialistas en que tomaba no ménos triste aspecto la utopía de lo porvenir. Así es el mundo; perpétuamente caminando entre dos abismos. Los utopistas de lo pasado creían imposible toda religión si no se despertaba en el centro de Europa un absolutismo personal, propio solamente de las primeras edades históricas; y los utopistas de lo porvenir á su vez creían imposible todo progreso, si no caíamos en comunismo asiático, también propio de tiempos alejados y primitivos, en que el hombre apenas se había desprendido de las entrañas del Universo. Por distintos caminos, por móviles opuestos, por impulsos contrarios y contradictorios, la utopía de lo pasado y la utopía de lo porvenir se reunían sobre un sólo punto, y predicaban, la una que tuviese el poder inmóvil majestad, como en Asia, y la otra que tuviese la propiedad el carácter comunista del Asia. Ni en unos ni en otros congresos habían sus más influyentes

miembros pensado que el carácter individualista de nuestro tiempo, en que la personalidad humana se define con tanta claridad y se arraiga con tanta fuerza, este carácter individualista ofrece incontrastable resistencia á toda tentativa de suprimir, esclavizar nuestra natural independencia, ya sea en nombre de la idealidad religiosa, ya sea en nombre del bienestar social. Y cuando en una obra tan grande como la obra de detener ó empujar una sociedad, se desprecia un elemento tan poderoso como el espíritu del siglo, atmósfera en que todos respiramos, al buscar la vida y el movimiento se tropieza con la atonía y con la muerte.

La reacción desatentada se refugiaba en el Concilio del Vaticano y la revolución desatentada en el Congreso de la Internacional. ¿Qué es la Internacional? Es una sociedad de trabajadores de todos los pueblos civilizados que se congregan con objeto de mejorar su condición social por medio de una grande comunidad de esfuerzos fundada en indisputable solidaridad de intereses. Por unos se ha dado

á la Internacional mucha importancia, por otras poca, por todos se le ha prestado una atención que ciertamente merece como muestra de nuestro estado presente y como síntoma de los conflictos del porvenir. En todo tiempo, en toda sociedad, sentiráse siempre incontrastable aspiración á la mejora social de las clases pobres, y lo único que podrá detenerla ó viciarla, será salirse de las vías de un progreso pacífico y constante, de las leyes de una sociedad regularmente ordenada, y caer en las sombras de la utopía para adquirir la infecunda epilepsia de la revolución. Nada conviene tanto al ejercicio de la inteligencia como saber los límites del conocimiento; y nada al acierto político y al progreso social como saber el alcance de nuestras fuerzas y el punto hasta donde podrán extenderse nuestras reformas. El prescindir de las leyes sociales en una obra de mejora social, es como prescindir de las leyes del Universo en un trabajo de mecánica. En el error no se puede entrar sin salir por el mal.

Larga experiencia debiera haber mostrado á los trabajadores que allí donde se quiere reformar en un día, por medio de profundo sacudimiento revolucionario, la sociedad entera, se cae prontamente en el despotismo. Tristes y dolorosas advertencias debieron decirle que el conjunto de sistemas irrealizables, de reformas ideales, de cosmologías, de palenques nada habian dado de sí más que un triste retroceso. La aplicacion de la libertad á las relaciones sociales puede resolver muchos problemas que jamás se resolverán por la posesion del gobierno, por la máquina del Estado. La libertad aumenta la sociedad, y la sociedad, no el Estado, uno de sus órganos solamente, puede resolver el problema de los problemas, el problema social.

Desde el dos de Diciembre el movimiento socialista se habia detenido en Francia, pasando de las escuelas al gobierno. El César, que halagara las pasiones populares en su largo apostolado y en sus cómico-trágicas aventuras,

gloriábase con ser generalísimo del ejército, y emperador de la plebe. Uno de los mayores socialistas le llamaba el socialismo coronado y triunfante. El error fué tan grande, y se arraigó tan profundamente, que el pueblo llegó á menospreciar el derecho, la libertad, la justicia, la república, y á creer que en el Cesarismo podria encontrar el pan para su estómago, en cambio de la libertad de su alma. Pero esta ilusion engañosisima se desvaneció pronto, y el malestar social comenzó á sentirse en todas partes y á quejarse en todos tonos. El trabajador francés, que recibiera el bautismo de fuego y sangre de la primer revolucion; que fundara dos Repúblicas, que contara entre sus apóstoles tantos y tan grandes reformadores; que un dia viera al Estado mismo convertirse en taller gigantesco para servirle y abrigarle, no habia podido ni siquiera conseguir la libertad de entenderse con sus compañeros, de asociarse por el oleaje, y la incertidumbre de las revoluciones generadoras de toda tiranía, mientras que Inglaterra, la aristocrática Inglaterra, por liberal, y anti-revolucionaria, por conócadora de las impurezas de toda realidad, y enemiga de estos remedios de un dia, que se destruyen al dia siguiente, contaba con un siglo entero de asociaciones de trabajadores, fruto sazonado de la libertad reconocida por sus leyes, consagrada por sus costumbres. Y no se diga que los ingleses no suelen abusar de la libertad. Abusan, como todos los hombres, porque todavía no han hallado el secreto de sobreponerse á la naturaleza humana y salirse de sus tristísimas condiciones. Pero la sociedad y el Estado reconocense con poder bastante á disminuir los abusos, pero no con poder bastante á extirparlos, y al aceptar la libertad, saben que han por fuerza de aceptarla con el censo de sus inconvenientes y de sus males. Solo allá cuando la perturbacion es muy honda, el desorden muy grave, el motin general y amenazador, suspende la gran nacion alguna de las fuertes garantías de sus derechos. Mas tened por in-

dudable que en Inglaterra se abusa de la libertad como en todas partes. Presentes se hallan á la memoria de cuantos saludan la historia moderna, los crímenes de Scheffield. Aquellas asociaciones, consagradas al cultivo del trabajo y al bienestar del trabajador, no creyendo cumplir su ministerio si no menudeaban las huelgas é imponian condiciones á veces durísimas al capitalista, apelaban á medios extremos y violentos, si alguno de sus socios queria recobrar la autonomía individual, como ocultarles los instrumentos de trabajo, perseguirlos con todo género de obsesiones, quemar la casa de unos, asesinar á otros, exterminar sus familias; crímenes horribles que merecieron una informacion parlamentaria y que se revelaron en toda su repugnante desnudez á la nacion asombrada. Pero tanto en Inglaterra como en Alemania, el progreso de los tiempos y de los estudios económicos habian creado asociaciones de trabajadores, en las cuales, comprometiéndose cada uno de ellos y todos juntos al crédito mútuo, llegaban á trabajar con capitales propios y á prescindir del capital ajeno, encerrándose en una fórmula que se denominaba por su naturaleza y por sus resultados con el expresivo nombre de cooperativa.

Cuando estas asociaciones más florecian, sobrevino suceso de magna importancia; la primera Exposicion universal de Lóndres. En medio de las aprensiones guerreras que inspiraba á todos ver en el trono de Francia un representante y heredero de aquella política insensata, que se compendia en la conquista de Europa y en el bloqueo continental, celebrase este certámen de los productos de la industria, de esa fuerza creadora que levanta sobre el mundo de la naturaleza, el mundo del trabajo. Concertábanse lo más sólido, el hierro, lo más frágil y quebradizo, el cristal, para componer un edificio de gigantescas proporciones, y sin embargo aéreo, donde cupieran ejemplares varios de todos los productos materiales, debidos á la actividad hu-

B.

mana, cooperadora y continuadora de la creacion divina. Allí, desde el manjar hasta el vestido; desde el pan que sale de nuestros hornos y satisface el hambre, hasta la blonda y la gasa que sale de nuestros talleres y realza la hermosura; el libro cargado de ideas sudadas por nuestras prensas, para alimento de la inteligencia, junto á la religiosa campana cargada de sonidos que llaman á la oracion, y que traen á nuestra baja atmósfera los ecos de la eternidad; el estridente gemido de la máquina de vapor que ha atravesado los espacios como en alas del viento, y ha domeñado las mares, hasta la dulce melodía del órgano, que ha consolado tantos dolores, infundido tantas esperanzas, y domado las tormentas del alma; el azadon que ha abierto fecundo hoyo en la tierra del campo, y el pincel que ha dado un matiz más á los cielos y á los iris del arte; las trampas que sirven al cazador para aprisionar las ligeras aves, y los telescopios que sirven al astrónomo para aprisionar las lejanas estrellas; el cable y la cuerda del arpa, la tela de algodón y la tela metálica, la economía doméstica con sus rudimentarios productos, y la química que descompone en nuevos elementos los antiguos elementos aristotélicos, y analiza el incienso de oxígeno que exhalan esos pebeteros llamados plantas y el ardiente ácido carbónico que exhalan las fraguas de nuestros pulmones; todo ese maravilloso Universo alzado por el Titan, sujeto á la cadena del límite, y sin embargo, creador y divino, animal en la naturaleza, ángel en lo infinito, que pule y perfecciona, como merece el templo del espíritu, nuestro hermosísimo planeta.

Una observacion saltaba en seguida á la vista perspicaz de la inteligencia, una observacion exacta, indudable, humanitaria. El creador de todas estas maravillas es el obrero, el soldado del trabajo. Y el obrero, el soldado del trabajo, no podia en su miseria ir desde el fondo de sus talleres al templo de sus victorias. Los periódicos de todos colores

60

y matices en Francia, comprendieron á una cuán irritante era esta desigualdad, esta injusticia, y se adelantaron á proponer el envío de comisiones obreras á visitar la Exposición Universal y á estudiar sus productos. Algunos abrieron suscripciones con este noble fin, y alcanzaron crecidísimas sumas. El gobierno napoleónico, movido por la opinión pública, facilitó del presupuesto general un gran número de viajes. El trabajador francés, con esa facilidad de generalizar, antigua ya en nuestra raza, comprendió en presencia de todas estas maravillas, que si el capital es la materia, el trabajo es la forma, es la vida, es el organismo, es la chispa eléctrica que anima, es la luz que ilumina, es el alma de ese mundo de la Industria. Y con la pretensión al dominio exclusivo é imperioso, pretensión propia de todas las castas, que ha tenido el sacerdote en su Iglesia, el noble en su castillo, el Rey y el Papa en sus respectivos tronos, dijeron y proclamaron que les pertenecía de todo en todo el mundo del trabajo. Y perteneciéndoles exclusivamente como á Dios su obra, no encontraban el goce, sino la pena; no oían la flor y devoraban el fruto; sólo sentían, sólo tocaban las agudísimas espinas. Llevaban las joyas del trabajo como la concha madre-perla lleva su riquísimo producto, más para adornar á otros seres felices y superiores, completamente ociosos.

Después de estas observaciones generales venían las observaciones particulares, y entre las observaciones particulares, indudablemente la primera, la de más bulto, la que atormentaba á los franceses y les ponía de manifiesto su enfermedad, era la libertad de asociación, la libertad para concertarse, para resistir, para vencer, gozada por todos en la maravillosa Inglaterra, y á ellos negada en la triste Francia. Y como resultado de todas estas observaciones, una capital, capitalísima, la solidaridad de todos los trabajadores de Europa.

En efecto; la competencia antigua entre

Francia é Inglaterra, esa competencia que ha ensangrentado los campos y los mares, se trocaba en armonía. Los hijos de aquellos que pelearon, unos contra otros, en tantas batallas, se reconciliaban y se unían en la comunidad del trabajo. Esta unión de afectos podía y debía terminarse por otra unión más estrecha de intereses. El inglés recibió á su antiguo rival, á su antiguo enemigo como á un hermano y lo asentó á su lado en el hogar, en la mesa, donde partieron juntos con el pan de cada día el pan del alma. Muchos de aquellos que habían ido con la idea de ver Inglaterra y volverse, quedáronse, y adquirieron provechoso empleo á sus facultades. La fraternidad humana ganaba mucho tanto con el cambio de productos como con el cambio de ideas.

El 5 de Agosto de 1862 celebróse la fiesta de la federación internacional, congregándose los delegados de la asociación francesa con los delegados de las asociaciones británicas en la taberna de los francmasones. Los trabajadores ingleses dirigieron un mensaje á los trabajadores de la vecina Francia. «En tiempo, decían, de tinieblas en las inteligencias, de guerras en las sociedades, nos maldecíamos y nos odiábamos. Pero hoy, en nuestro tiempo, al reinado de la fuerza bruta sucede el reinado de la fuerza moral. Esta transformación maravillosa nos alienta y nos esperanza, prometiéndonos el cumplimiento de nuestros votos y el triunfo de nuestros derechos. De la misma suerte que las rivalidades nacionales fueron funestas á nuestras respectivas naciones, la concurrencia de nuestros productos con nuestros productos es funesta á toda nuestra clase. Mientras haya capitalistas y trabajadores, mientras la retribución del trabajo tenga la forma odiosa del salario, sólo nos quedará un refugio, sólo un medio de salud, la unión de los trabajadores. Pero no olvidemos que si esta unión es necesaria para vencer las dificultades en su conjunto, para otra obra más sencilla, para de-

fender las dificultades de cada día, las dificultades de todos los momentos, son necesarias la inteligencia y la unión del jornalero con su amo. Y sin embargo, el progreso industrial arroja cada día nuevos problemas, y estos problemas suscitan y engendran nuevos males al jornal y al jornalero. Las máquinas, con su potencia digna de la fecunda naturaleza, inutilizan el trabajo humano y lo sustituyen con grandes ventajas. ¿Qué va á ser de nosotros, qué de nuestras inútiles fuerzas, cuando tantos y tantos vamos á quedarnos sin trabajo? ¿Nos dejarán morir de hambre ó nos mantendrán á expensas de aquellos que puedan continuar ejerciendo su actividad? No pretendemos resolver estas cuestiones, pero decimos que deben ser resueltas, y para conocerlas, para discutir las, para analizarlas, convocamos no sólo á todos los trabajadores de la tierra, sino también á los filósofos y á sus ideas, á los estadistas y á su experiencia, á los historiadores y á sus conocimientos, á los patronos y á sus riquezas, para que tomen la debida parte en este trabajo redentor. Muchos sistemas se han propuesto, dulces sueños disipados en amargas realidades, y la prueba de que la verdad no ha sido encontrada está en que la buscamos y la pedimos todavía. Nosotros creemos que cambiando nuestros pensamientos y nuestras observaciones con los trabajadores de diferentes nacionalidades, violentaremos á la sociedad para que nos entregue sus secretos, esperando que después de habernos apretado las manos, después de tratarnos como hombres, como ciudadanos y como trabajadores y de recono-

cernos mutuamente los mismos intereses y las mismas aspiraciones, no consentiremos que nuestra alianza fraternal se rompa por aquellos que tendrían general interés en desunirnos, y perseveraremos en procurarnos medios internacionales de comunicación que forjen diariamente nuevo anillo de la cadena de amor indispensable á unir en santa fraternidad á todos los trabajadores de la tierra.»

Las bases de la sociedad Internacional, estaban echadas verdaderamente en ese programa, que si no es el mismo textual de los trabajadores ingleses, encierra lo esencialísimo de su doctrina. Había ciertamente en él pretensiones inmoderadas, y alguna que otra idea utópica; pero no había ese odio á todas las clases, esa guerra implacable á la sociedad y al capital; esa ambición febril, esa impaciencia revolucionaria, ese ideal comunista que ha malogrado todos los esfuerzos de la Internacional y la ha convertido de causa del progreso en causa de ruina. Verdaderamente un nuevo ideal amanecía en la conciencia humana, y llegaba con su luz hasta el fondo de los más pavorosos abismos sociales. Sobre los intereses estrechos de pueblo, sobre los intereses de nación, sobre los intereses mistos de raza se elevaban los intereses humanos demostrados por la estrecha solidaridad de todos los trabajadores de la tierra. Esto anunciaba verdaderamente, una nueva vida, un arte de la humanidad, una religión de la humanidad, una ciencia de la humanidad, toda una sociedad, toda verdaderamente humana. ¿Cómo se perdió esto? ¿Cómo se malogró esto? Ya lo veremos en el curso de nuestra historia.